ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LA CALANDRIA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAMOS CARRION Y VITAL AZA

MÚSICA DEL

MAESTRO CHAPÍ

SEGUNDA EDICION

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1883

4

AUMENTO Á LA ADICION AL CATÁLOGO PUBLICADO EN 1.° DE JUNIO DE 1883.

COMEDIAS Y DRAMAS.

Hombs.	Mujs...	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion.
»	»	Dos y dos... dos	1	D. Juan Chazarri	Todo.
»	1	El dedal de plata, monól.° o. v.	1	Manuel Reina	»
»	»	Jesús, Mariquita y Pepe	1	José Acuaviva	»
13	4	La calle de Toledo-j. o. v.	1	José Lopez Selva	»
»	»	La mona de mi vecina	1	José Acuaviva	»
»	»	Mi retrato	1	Francisco Macarro	»
»	»	Sustos y enredos	1	José Acuaviva	»
2	2	Un marido impertinente-j. o. v.	1	Sres. Godo y Rahola	»
»	»	Con las armas de su honor	2	D. Juan Chazarri	»

ZARZUELAS.

Hombs.	Mujs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Administracion.
»	»	Fanchete	1	D. José Rogel	M.
3	3	Flamencomanía	1	Sres. Castilla, Navarro y Rubio	L. y M.
»	»	O ultimo figurino	1	D. José Rogel	M.
»	»	El mono Tom Kong	1	Sres. Santa María y Reig	M. y 1/2 L.
»	»	Tipos al amanecer	1	Eguilaz y S. Rubio	L. y M.
3	1	Valiente pesca	1	Maestre y Hernandez	L. y M.
»	»	Romao é &.ª	2	José Rogel	M.
9	7	Os dragoes d' el Rey	3	D. José Rogel	M.
»	»	Un marido de Sobejo	3	José Rogel	M.

LA CALANDRIA

OBRAS EN COLABORACION DE LOS MISMOS AUTORES.

LA VIUDA DEL ZURRADOR, parodia romántica en un acto y en verso, original.

PERIQUITO, zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Rubio.

LA OCASION LA PINTAN CALVA, juguete cómico en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa.

ADIOS MADRID! boceto de costumbres madrileñas, en tres actos, en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS, juguete cómico en un acto y en prosa, arreglo del italiano.

LA PRIMERA CURA. Comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA, REFUNDIDA en dos actos.

EL HIJO DE LA NIEVE, novela cómico-dramática en tres actos, original, en verso y prosa.

LA CALANDRIA, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí.

ROBO EN DESPOBLADO, comedia de gracioso en dos actos, original y en prosa.

LA CALANDRIA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAMOS CARRION Y VITAL AZA

MÚSICA DEL

MAESTRO CHAPÍ

Estrenado el 24 de Diciembre de 1880 en el Teatro de la Alhambra.

SEGUNDA EDICION

MADRID: 1883
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES		ACTORES
MANUELA..........	SRAS.	DELGADO.
DOÑA SIMONA....		BARDAN.
DON CELEDONIO..	SRES.	ARDERIUS.
DON LUCAS........		ESCRIU.
JUAN..............		OREJON.

NOTA IMPORTANTE. Los pedidos de partituras de esta obra deberán hacerse directamente á D. EDUARDO HIDALGO, Sevilla, 14, principal.

ACTO ÚNICO.

Sala modestísimamente amueblada con puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SIMONA.

Es muy chocante, mucho, que no haya venido todavía. Qué casta de pájaro será el tal forastero? Yo no las tengo todas conmigo. Las amas de huéspedes nos llevamos á veces cada petardo... Pero mientras me pague al corriente, lo demás debe importarme poco. (Campanillazo.) Francisca! Que llaman! Sal á abrir.—Acaso sea él. No, que es don Lucas.

ESCENA II.

DICHA.—DON LUCAS, que entra con un paraguas chorreando agua.

MÚSICA.

Yo soy un desdichado
que está desesperado

y dado á Barrabás.
Paciencia á Dios le pido,
que estoy tan aburrido
que ya no puedo más.

—

Qué cosas me suceden!
Sufrirse sólo pueden
con gran resignacion:
soy mísero cesante,
y aumenta cada instante
mi desesperacion.

—

Ay de mí,
treinta meses llevó así
y emplearme aún no logré.
Qué sería, ay Dios! de mí
si no fuera por usté. (A la patrona.)
(Abre el paraguas y lo pone á secar en el suelo.)

II

Levántome muy sério,
me voy al Ministerio
de la Gobernacion,
y allí en la portería
me paso todo el dia
como un guardacanton.

—

Por ver si su excelencia
al fin me da una audiencia
no pienso ni en comer;
mas tiéneme en un potro,
y vuelvo un dia y otro
y no le puedo ver.

—

Ay qué afan!
El sombrero, voto á san!
ya no aguanta medio mes,
y ocho veces el gaban
me lo he vuelto del revés.

HABLADO.

SIM. Verdaderamente es usted muy desgraciado.
LUCAS. Sí, señora, mucho.
SIM. Pero hombre, cómo se arreglan otros para conseguir lo que pretenden?
LUCAS. No lo sé, señora.
SIM. Por qué no busca usted recomendaciones, empeños?...
LUCAS. Empeños? Le parece á usted que tengo pocos?
SIM. Otros pretendientes por lo ménos consiguen ver al ministro.
LUCAS. Yo no logro verle más que en las caricaturas de los periódicos. Y estoy resuelto; renuncio á pretender. Voy á dedicarme á otra cosa.
SIM. A qué?
LUCAS. No lo sé todavía, pero yo necesito dedicarme á algo. No puedo continuar así.
SIM. Y qué piensa usted hacerse?
LUCAS. Yo me haria un traje de invierno, que me hace mucha falta, pero...
SIM. Pobre don Lúcas!
LUCAS. Dice usted bien, soy muy digno de compasion. Esta vida es insoportable, siempre sin un real! Le juro á usted que en más de una ocasion, si hubiera tenido un revólver...
SIM. Qué?
LUCAS. Lo hubiera empeñado.
SIM. Tome usted las cosas con calma y no se queje de su suerte, que peor podria usted estar.
LUCAS. Peor todavía?
SIM. Sí, señor. Figúrese usted que hubiera caido en poder de una patrona de esas que exigen siempre el pago adelantado.
LUCAS. Es cierto.
SIM. De mí no puede usted tener queja.
LUCAS. No, no tengo ninguna.
SIM. Jamás le hablo á usted de lo que me debe, y eso que ya me debe usted un pico...
LUCAS. Cierre usted el pico, doña Simona.

SIM. Afortunadamente, hoy por hoy no me urge que usted me pague. El huesped que llegó hace tres dias me ha adelantado algun dinero.

LUCAS. Cómo! Vive en esta casa un hombre que adelanta dinero?

SIM. Pues no lo sabia usted? El que ocupa ese gabinete.

LUCAS. No le he visto

SIM. Es un señor que no come...

LUCAS. Cómo?

SIM. Que no come en casa.

LUCAS. (Dichoso él.)

SIM. Viene sólo á dormir... cuando viene, pues esta es la hora en que desde ayer no ha vuelto todavía.

LUCAS. No, eh?

SIM. No señor; y esto y otras cosas me tienen preocupada.

LUCAS. Qué es ello?

SIM. Ese caballero, que ha venido de Galicia, por un lado parece una buena persona, pero por otro...

LUCAS. Por cuál?

SIM. No me gusta la clase de gente que viene á preguntar por él. Personas ordinarias y hasta sospechosas.

LUCAS. Sí, eh? Me alegro. Quizá sea un conspirador. Me meteré!..

SIM. En dónde?

LUCAS. En eso; en lo que sea. Yo necesito meterme en algo.

SIM. Como todavía no tengo confianza, no me he atrevido á preguntarle qué negocios le han traido á Madrid.

LUCAS. Hace usted bien; no se debe ser nunca indiscreto con las personas que pagan adelantado.

SIM. Yo, por eso...

LUCAS. Vaya, me voy á mi cuarto. Pensaré detenidamente en buscar un medio de vivir.

SIM. Sí, sí, piénselo usted. Dicen que la necesidad aguza el entendimiento.

LUCAS. Que lo aguza? Si eso fuera verdad, tendria yo el entendimiento como una bayoneta. (Váse puerta derecha.)

ESCENA III.

DOÑA SIMONA, luego DON CELEDONIO.

SIM. Pues señor, arreglaré el gabinete de ese caballero. Han llamado? Quién será? Es él. Don Celedonio, gracias á Dios.

CELED. Buenas tardes, señora. Cómo va? (Dejando un lio de ropa sobre una silla.)

SIM. Perfectamente. Y qué ha sido de usted desde ayer? Ya estaba con cuidado.

CELED. Calle usted, señora, calle usted: si lo que á mí me pasa no le pasa á nadie.

SIM. Qué le ha sucedido?

CELED. Dónde dirá usted que he estado toda la noche?

SIM. No lo sé.

CELED. En la prevencion.

SIM. Es posible!

CELED. Sí señora.

SIM. Y qué ha hecho usted para eso?

CELED. Yo? Nada; recibir una paliza.

SIM. Y quién se la ha dado á usted?

CELED. Unos... que no fueron á la prevencion. Pero me está bien empleado, sí señora, muy bien empleado.

SIM. Vamos, ménos mal, si cree usted que la merecia...

CELED. Eso y mucho más merezco por encargarme de estos asuntos.

SIM. Pero qué asuntos son esos?

CELED. Pues es verdad que todavía no he explicado á usted el motivo de mi viaje á Madrid.

SIM. No señor. (Ahora lo sabré.)

CELED. El caso es el siguiente. Yo, como sabe usted, soy gallego, aunque me esté mal el decirlo, y tengo un primo en la Coruña, que tiene un gran café y á quien debo muchísimos favores. Pues bien: pocos dias hace me dijo: «Celedonio, creo un buen negocio para el establecimiento

el traer unos cantantes flamencos.» Yo al principio creí que seria preciso ir á buscarlos á Flandes, pero me explicó que lo que deseaba eran cantadores del género andaluz.

SIM. Sí, sí, ya comprendo.

CELED. Como mi primo por sus muchas ocupaciones no podia venir á contratarlos, me suplicó que me encargara yo de hacerlo, y aquí me tiene usted.

SIM. Pero aun no me explico lo de la paliza.

CELED. Ni yo tampoco á pesar de haberla recibido.

SIM. Siga usted.

CELED. Desde el dia de mi llegada recorrí todos los cafés y centros de reunion de esta clase de gente, sin encontrar nada que me conviniera, hasta que anoche supe que en uno de los barrios extremos habia un cafetucho donde una célebre cantadora llamada *La Calandria* hacia las delicias de los concurrentes. Allá me fuí, y en efecto, allí encontré lo que deseaba. Mi entrada en el café produjo un efecto particular, así como de admiracion, pero yo hice que no lo notaba y me senté cerca del escenario, donde una mujer hermosa como un sol y con dos ojos como dos soles, cantaba y bailaba al mismo tiempo un zapateado, dando unos ayes que partian el corazon, y unas pataditas que partian el tablado. Esto es lo que me conviene! dije. Y cuando acabó de cantar entre las palmadas del público, solté un ¡ole salero! impropio de un hijo de la Coruña. Me acerqué entusiasmado á la artista y la invité á que bajase con sus compañeros para echar unas cañas de Manzanilla Siete botellas se bebieron como por encanto, pero las dí por bien empleadas, pues casi quedó comprometida á contratarse conmigo y hoy vendrá para ultimar el negocio. Salia yo muy satisfecho del café, cuando tres ó cuatro chulos que habian estado sentados en la mesa inmediata y que ya me habian tirado al sombrero algunos terroncitos de azucar (bromita á que yo no habia dado gran importancia) se me acercan en un callejon

inmediato, y sin decirme una palabra, pin! pan! me arriman una soberana paliza. Procuro defenderme con el baston dando palos al aire y llega una pareja de guardias tan afortunadamente que le doy á uno de ellos un estacazo. Los chulos huyen y á mí me llevan á la prevencion.

SIM. Pobre don Celedonio!

CELED. Pues mire usted, no hay mal que por bien no venga: de algo me ha servido aquel error de la autoridad.

SIM. Sí, eh?

CELED. Sí, señora. En la prevencion estaba detenido un caballero que habia robado no sé qué, y al saber lo que me habia sucedido me dijo: «Pero á quién se le ocurre acudir á tales cafés con levita y sombrero de copa? Sólo ese traje constituye allí un peligro. Para meterse en esos sitios es necesario vestirse como la gente que los frecuenta.» Por lo cual, apenas probada mi inocencia me pusieron en libertad, compré un traje completo que tengo ahí en ese lío. Así desde esta noche saldré á mis asuntos, pero vestidito de corto.

SIM. Cómo! En traje de niño?

CELED. No, señora; traje corto se llama el de chaquetilla.

SIM. Ya! (Pues estará bonito.)

CELED. Vaya, con permiso de usted voy á mi gabinete; si vienen algunos cantadores que pasen al momento y sobre todo si es la cantaora.

SIM. Está muy bien.

CELED. Ah! advierto á usted que hoy almorzaré en casa. Que me preparen algo.

SIM. Al momento.

CELED. Voy á probarme el traje. (Váse puerta izquierda.)

ESCENA IV.

SIMONA, luego DON LUCAS.

SIM. Gracias á Dios que sé lo que es este caballero. Así estoy más tranquila. Ya me tenia preocupada.

LUCAS. Adios, doña Simona.

SIM. A dónde va usted?

LUCAS. Al ministerio.

SIM. Otra vez! Pues no decia usted que no iba más por allá?

LUCAS. No se me ocurre nada en qué ocuparme y vuelvo á pretender. O soy ó no soy español.

SIM. Sabe usted que ya ha venido el huésped del gabinete!

LUCAS. Sí? Me alegro mucho, abur. (Medio mútis.)

SIM. (Deteniéndole.) Y no es un conspirador como usted creia.

LUCAS. No? Lo siento mucho. Que usted lo pase bien. (Medio mútis.)

SIM. (Deteniéndole.) Oiga usted, hombre, oiga usted. A qué dirá usted que ha venido á Madrid ese señor?

LUCAS. Como no será á darme dinero me importa tres cominos.

SIM. Pues dinero debe tener, porque trae el encargo de ajustar á varios cantadores del género andaluz para un gran café que tiene en la Coruña.

LUCAS. Ya! Conque por lo visto es industrial acaudalado.

SIM. Sí, señor.

LUCAS. Yo necesito hacerme amigo suyo. (Dejando el paraguas.)

SIM. Me parece bien, á ver si por ese medio consigue usted alguna colocacion.

LUCAS. Quién sabe! Veo un rayo de luz!

SIM. Pues que Dios le ilumine. Voy á preparar el almuerzo. (Váse, foro.)

ESCENA V.

DON LUCAS, que se ha quedado pensativo. Pausa durante la cual expresa mímicamente su vacilacion.

Ay! ay! ay! (De pronto cantando al estilo andaluz.) Marecita de mi arma. (Dejando de cantar y poniéndose de pronto muy sério.) Decididamente, yo me lanzo; veré si me contrata.

ESCENA VI.

DICHOS.—DON CELEDONIO, vestido de chulo con sombrero de ala ancha y faja de vistosos colores. Saca al brazo el gaban que deja sobre una silla.

CELED. (Eh? Vaya una planta torera! Si me vieran en la Coruña me apedreaban.)

LUCAS. (Este debe ser algun cantaor.) Chis! Eh! Oiga usté, amigo. (Llamándole.)

CELED. Servidor de usted.

LUCAS. Usted es de los de acá? (Como rasgando la guitarra.)

CELED. No señor, soy de los de allá.

LUCAS. Ya, de Andalucía.

CELED. (Eh? Qué tal? Si tendré yo salero.)

LUCAS. Y, vamos á ver, se ha ajustado usted con ese tio?

CELED. Con qué tio?

LUCAS. Con ese que ha venido de Galicia.

CELED. Caballero, ese tio soy yo!

LUCAS. Cómo! Es usted! Cuánto me alegro de conocerle! (He metido la pata.)

CELED. No tiene nada de particular que me haya usted confundido viéndome en este traje, pero me he vestido así por varias razones.

LUCAS. Ha hecho usted bien, y le sienta perfectamente.

CELED. Gracias. (Me pondré el gaban; estos trajes son para los climas cálidos.) (Se lo pone.)

LUCAS. Ay!... (Soltando una nota aguda como si fuera á cantar malagueña y cortándola de pronto quedándose sério.)

CELED. (Sorprendido.) Qué le pasa á usted?

LUCAS. Que qué me pasa? Me pasan muchas cosas y por eso vengo á ver á usted por si quiere contratarme.

CELED. A usted?

LUCAS. Sí, señor, á mí.

CELED. Pero usted se dedica tambien al canto?

LUCAS. Al canto? No, señor! Al cante! Es mi nueva profesion! Ay! (Empezando á cantar como antes.)

CELED. (Cosa más rara!) Y de qué género es usted?

LUCAS. Yo? Del género masculino!

CELED. No es eso! Pregunto si se dedica á lo flamenco.

LUCAS. Sí, señor, á lo más flamenco.

CELED. Hombre, bien. Y en qué estilo?

LUCAS. En el que se estila!

CELED. Ya! Por todo lo alto?

LUCAS. No, señor, por todo lo bajo. Cante hondo! De lo más hondo! Ay! (Dando una nota muy profunda.)

CELED. Sí, sí, ya lo veo!

LUCAS. Me parece que más profundo...

CELED. En efecto, es difícil.

LUCAS. Estoy tan desesperado, caballero, que por bajar, sería capaz de bajar hasta los infiernos.

CELED. Caramba!

LUCAS. Sí, señor.

CELED. Pues qué le sucede á usted?

LUCAS. (Cantando.) Las penillas que yo tengo...
Pero casi es mejor que se lo cuente á usted sin música.

CELED. Como usted quiera.

LUCAS. Yo era empleado, tenia ocho mil reales de sueldo y vivia con desahogo. Pero hace tres años me dejaron cesante, y desde entonces no he vuelto á ver un real en mi bolsillo.

CELED. Y de qué vive usted?

LUCAS. Yo? De milagro! Soy tan desventurado que todo me sale mal.

CELED. Verdaderamente, hay hombres que tienen un destino muy negro.

LUCAS. Ay! caballero! Crea usted que por muy negro que sea el destino, es mucho más negra la cesantía.

CELED. Y tiene usted familia?

LUCAS. No, señor, por no tener, ni eso. Gracias á los buenos sentimientos de doña Simona, voy pasándolo ménos mal, porque al ménos como. Es decir, como ménos de lo que debia comer, pero del mal el ménos.

CELED. Luego vive usted en esta casa?

LUCAS. Sí señor; si á esto se llama vivir, vivo.

CELED. Hombre, me es usted simpático.

LUCAS. Gracias.

CELED. Seremos dos buenos amigos. Choque usted!

LUCAS. De manera que estoy contratado! Ay, caballero! (Abrazándole.)

CELED. No; eso todavía no se lo aseguro; ya veremos.

LUCAS. Pues no decia usted que íbamos á ser amigos?

ESCENA IV.

DICHOS.—DOÑA SIMONA.

SIM. Don Celedonio! El almuerzo está en la mesa.

CELED. Ponga usted otro cubierto. Almorzaremos juntos. (A don Lucas.)

SIM. Si el señor ya ha almorzado.

LUCAS. No importa; haga usted lo que la dicen. (Muy incomodado.)

SIM. Está bien. (Sale y vuelve á entrar.)

CELED. Conque vamos al comedor, don...

LUCAS. Lucas.

CELED. Lucas? y el apellido?

LUCAS. El apellido debe usted adivinarlo, sabiendo que todo me sale mal.

SIM. (Dentro.) Sí señora, aquí vive. (Saliendo.) Don Celedonio, una jóven pregunta por usted.

CELED. Una jóven? Será la cantaora. Que entre, que entre. Espéreme usted en el comedor; soy con usted al momento.

LUCAS. No; por mí no se apresure usted. Yo iré almorzando. (Vase.)

ESCENA V.

DON CELEDONIO.—MANUELA.

MUSICA.

MAN. Da usté su permiso? (Desde el foro.)
CELED. Pase usté, señora!
MAN. (Vaya un empresario.)
CELED. (Ay qué cantaora!)
MAN. Si es que le molesto!...
CELED. Todo lo contrario!
(Ay qué cantaora!)
MAN. (Vaya un empresario!)
CELED. (De las que yo he visto
es la flor y nata.)
MAN. Vengo á que arreglemos
lo de la contrata.
CELED. Ese es un negocio
fácil de arreglar;
por cuestion de sueldo
no lo he de dejar.
MAN. (Dice que es negocio
fácil de arreglar;
seis duros de sueldo
le voy á sacar.)

—

(Acercándose á don Celedonio con coquetería le suelta á quemaropa, por decirlo así, la primera nota de la cancion.)

Puso el sol de Andalucía
su luz en mis ojos negros,
por eso si los entorno
se pone nublado el cielo.

—

Y si miro á un hombre
con mala intencion,
le da de seguro

una insolacion.

CELED. Mírame aunque sea
con mala intencion,
que arrostro el peligro
de una insolacion.

—

MAN. A quién no mareo (Bailando.)
con este meneo,
moviendo graciosa
la punta del pié?
Al ver mi jaleo
se aviva el deseo
y el hombre adivina
lo que no se vé.

CELED. Ay, yo me mareo
con ese meneo!
Qué pié tan chiquito!
Me encanta ese pié!
Ay Dios lo que veo!
si sigue el jaleo
no sé qué me pasa.
Por Dios, tape usté.

MAN. Mire usté.

CELED. Tape usté.

II

MAN. De las flores de Sevilla
mi boca tiene el perfume,
y la esencia de las flores
á besitos se consume.
Yo quiero esa esencia
me dice un galan,
y yo le contesto:
pues no te la dan.

CELED. Las piernas de gusto
bailándome están.
Ya estoy yo flamenco.

Me quito el gaban! (Se lo quita.)

MAN. A quién no mareo
con este meneo, etc.

CELED. Ay, yo me mareo
con ese meneo, etc.
(Jaleando á Manuela que baila.)

HABLADO.

CELED. (Decididamente esta mujer es una gran adquisicion.) Tome usted asiento, hija mia.

MAN. Hija suya? Pa ser mi padre, es usted muy jóven.

CELED. (Ay! que le parezco jóven.) Sentémonos, sentémonos.

MAN. Gracias; estoy bien de pié. (Mirándose el suyo con coquetería.)

CELED. Ya lo creo que está usté bien de pié... y de cara y de todo. No hay que darle vueltas, para mujeres de gracia, las andaluzas.

MAN. Cabayero, yo no soy andaluza.

CELED. Que no?

MAN. No, señor; yo he nacío aquí.

CELED. Aquí? En esta casa? Qué casualidad!

MAN. Quiero decir que soy madrileña.

CELED. Pues nada, no hay que darle vueltas; para mujeres de gracia, las de Madrid.

MAN. Ahora sí que ha dicho usted la verdad.

CELED. Cuidado que canta usted bien. Anoche me entusiasmé escuchándola! Y por lo visto, su madre de usted debe ser tambien una gran cantaora.

MAN. Mi madre? Por qué lo dice usted?

CELED. Porque todos cuando la aplaudian á usted, decian entusiasmados: Olé, viva tu madre!

MAN. Cabayero, yo soy huérfana. No he conocío á mi padre, y mi madre se murió cuando yo era muy pequeña. Viéndome sola y sin amparo en el mundo... (Se limpia una lágrima.)

CELED. (Pobrecita!)

MAN. Y no teniendo que comer, me dediqué á vender palillos para la dentadura.

CELED. (No veo la analogía.)

MAN. Pero aquello daba muy poco y por recomendacion de mi tia Javiera...

CELED. Cómo? Es usted sobrina de la tia Javiera la de las rosquillas?

MAN. No señor; mi tia no hace rosquiyas; tiene un puesto de verduras en la plaza de los Mostenses.

CELED. Ya!

MAN. Pues como iba diciendo, por recomendacion suya me dieron á vender *La Correspondencia*. Los veinticincos que yo he llevao del brazo! Pero aquello tambien daba poco y me dediqué á la lotería, que era más produtivo. Si viera usted con qué gracia vendía yo los billetes y qué mano tenía yo para los premios!

CELED. Sí eh?

MAN. Sí señor, yo era la flor y nata de las biyeteras. Ninguna me ganaba á comprometer á los jugadores. (Imitando á las que venden décimos.) Cabayero, el último que me queda; lléveme usted este décimo, que le va á tocar. Mire usté qué bonito número; el veinte pelao. Tómemelo usted! Que se deja usté la suerte. Mañana sale! Que es el gordo! Ande usté, que tié usté cara de generoso. (Acosando á don Celedonio.)

CELED. (Ay Dios mio! Comprendo que comprometiera á los jugadores.)

MAN. Pero aquello tambien me daba poco y me dediqué á vender ramitos de flores en los bailes de la Bolsa.

CELED. Pero qué, en la Bolsa se baila?

MAN. En lo que antes era Circo de Paul.

CELED. Ah! Vamos, creí que los bolsistas... (Indicando el baile.)

MAN. Y como allí habia cante flamenco, yo, á fuerza de oir y de oir, tomé aficion y aprendí todos los estilos; dejé las flores y me dedique á esto. Y

aquí me tiene usté convertida en una cantaora de verdá.

CELED. Cantaora? Es usted más que cantaora.

MAN. Pues qué soy?

CELED. Encantaora.

MAN. Mire usté, yo seré lo que quiera, pero lo cierto es que los empresarios conmigo hacen su suerte.

CELED. Lo creo. Por eso me he decidido yo á contratarla á usted. Es decir, no soy yo precisamente quien la contrata.

MAN. No?

CELED. No señora. Yo tengo un primo en la Coruña, y este primo tiene un café.

MAN. Pues no veo la tostada.

CELED. No, si es café solo. Pero quiere ponerlo con cante flamenco y ayer recibí un parte de mi primo en que me dice: «ábrese otro café mismo género. Ven en seguida, no repáres precios; urgentísimo.»

MAN. Pues mire usté; la cosa será muy urgente, pero no se conoce.

CELED. Por qué?

MAN. Porque hace media hora que estoy aquí y en todavía no hemos hablao de la contrata.

CELED. Tiene usté razon. Hablemos. Ya sabe usté que mi primo no repara en precios. Conque pida usted por esa boquita.

MAN. Yo no pido nunca. Soy muy delicada en estas cosas. Ofrezca usted. (Lo dicho, le saco seis duros diarios.)

CELED. Bueno, pues mire usted; para que vea que los gallegos tambien sabemos ser rumbosos, por cantar desde las siete hasta las doce de la noche, la ofrezco á usted... cuatro pesetas.

MAN. Cabayero!

CELED. Y café.

MAN. Solo? (En tono de burla.)

CELED. Como usted lo quiera.

MAN. Pero oiga usté, cabayero; ¿le parece á usted que una artista como yo se contrata por ese precio? Vamos, míreme usted bien. (Con coquetería.)

CELED. Pues... un duro!

MAN. Calle usted, por Dios. Usted no me ha oido cantar. Córrase usted un poco. (Mirándole.)

CELED. Treinta reales.

MAN. En cuanto yo bata las palmas y suelte dos ó ó tres gipíos y me dé tres pataitas, habrá gofetás para entrar en el café.

CELED. Dos duros!

MAN. Pues y cuándo le dedique á usted una copla de soleá, mirándole así desde el tablao y siendo usté la envidia de toos los parroquianos!

CELED. Vaya tres duros. (Pondré uno de mi bolsillo.)

MAN. Pues digo, cuando...

CELED. No, (Interrumpiéndola.) no; es inútil, ya no subo más.

MAN. Bueno, yo queriaseis; pero por tres duros más ó ménos no hemos de reñir. Trato hecho.

CELED. Conformes. (Dándole la mano.)

MAN. Y que debe usted agradecérmelo, porque usted no sabe el disgusto que me cuesta la tal contrata.

CELED. Sí?

MAN. Sí, señor, Yo tengo un novio que es torero; trabaja en las novillaas, está contratao para este invierno y no quiere que yo me vaya de Madrid. Pero yoquiero marcharme, sabe usted? Porque aunque le quiero más que á las niñas de mis ojos, sabe usté? se me ha metío en la cabeza que anda con otra, sabe usté?

CELED. No, hija, yo no sé nada.

MAN. Ayer mismo me dijo que al que seatreva á contratarme pa fuera de Madrid le pega una paliza que lo revienta.

CELED. Qué barbaridad!

MAN. Si es muy bruto. Pué que usté le conozca. Anoche estuvo con otros amigos en la mesa de al lao nuestro.

CELED. Sí? Era uno de aquellos de los terroncitos?

MAN. Sí, señor.

CELED. Ah! Pues entonces ya no temo que me dé una paliza.

MAN. No! Por qué?

CELED. Porque ya me la ha dado.

MAN. Si tiene un génio... (Oyese dentro lo siguiente entre Juan y doña Simona.)

SIM. Espere usté que le pase recado.

JUAN. Le digo á usted que necesito verle.

MAN. Ay, Dios mio!

CELED. Qué?

MAN. Es él!

CELED. Quién?

MAN. Mi novio!

CELED. María Santísima!

MAN. Niegue usted que estoy aquí. Dónde me escondo?

CELED. Ahí, en mi cuarto. (La hace entrar.) Para qué me habré yo metido en todo esto?

ESCENA IX.

DON CELEDONIO.—JUAN.

MÚSICA.

JUAN.
Buenas tardes, amigo.
Aquí me tiene,

CELED.
Diga usted, caballero,
á lo que viene.

JUAN.
Escuche usté
y en cuatro palabritas
se lo diré.

—

Yo soy la flor y nata
de los barbianes,
y á poner banderillas
no hay quien me gane.
Pues soy torero
y me llamo Juan Perez
(alias) *Canguelo.*

CELED. (Hablado.) Pues tengo tanto gusto en conocer á usted, señor de Canguelo!

JUAN. Mi sangre es muy torera,
tengo frescura
y no temo en la plaza
ni á los de Miura.
Pues soy valiente
y he sido con Frascuelo
sobresaliente.

CELED. (Hablado.) (Sobresaliente de Frascuelo! Debe ser un gran torero este hombre.) (Toque de banderillas.)

JUAN. (Indicando con la accion la suerte de que habla.)
Cojo los palos,
al toro cito
y doy el quiebro
que ni el Gordito.
Al bicho llamo,
y aunque me parta
un par le pongo
de á media cuarta.
En los relances
soy especial
y en los pares al sesgo
no tengo igual.

CELED. (Nada me importa,
y me es igual,
que ponga banderillas
ni bien ni mal.)

II

JUAN. Mi fama de torero
tengo bien puesta
en Getafe y en Pinto
y en Alcobendas;
y es muy probable
que vaya este verano
pa Buenos-Aires.

CELED. (Hablado.) Sí? (Es lástima que no se vaya hasta el verano.)

JUAN. Yo soy para los quites

de los mejores;
conmigo están seguros
los picadores.
Porque en la lidia
el mismo Lagartijo
me tiene envidia.

CELED. (Hablado.) (Pobrecito, se le ha muerto su abuela.) (Toque de matar.)

JUAN. (Como antes.)
Cojo los trastos,
me voy al bicho,
le doy tres pases
á mi capricho;
le cuadro al pelo,
y de una buena
se cae redondo
sobre la arena.
En *volapieses*
soy especial
y en matar aguantando
no tengo igual.

CELED. (Nada me importa
pues ¡voto á tal!
más estoy yo aguantando
á este animal.)

HABLADO.

JUAN. Con que lo dicho, soy más torero que Salvaor.
CELED. Que quien?
JUAN. Que Salvaor.
CELED. No sé quién es.
JUAN. Que no sabe usté quién es? Vamos, hombre, que no diga usté eso porque es una inorancia. Mire usté que no saber quién es Frascuelo.
CELED. Ah! Vamos, Frascuelo. Ya lo creo que sé quién es: un gran torero.
JUAN. Ay qué gracia! Un gran torero... Usted me ha visto matar á mí?

CELED. No he tenido ese gusto.

JUAN. Por eso habla usté de lo que no entiende. Si hubiera usté dicho tan siquiera que Lagartijo...

CELED. Ah! Sí; Lagartijo es tambien un gran torero.

JUAN. Lagartijo? Que se caye usté, hombre. Ya se conoce que no me ha visto usté á mí en el redondel. Diga usté que á mí los dos me tienen envidia, y por eso no premiten que mate con ellos; porque saben que todo el público se iria conmigo...

CELED. Vaya si se iria! (De la plaza.)

JUAN. Y por qué esa envidia? Vamos á ver. Porque valgo! Ná más que sí; porque soy mu valiente. Aunque me llaman por mal nombre *Canguelo*, no crea usté que me achico. Ese es un mote que me pusieron en las novilláas, porque se empeñaron en que yo era blanco. Mire usté que decir que yo soy blanco...

CELED. Hombre, sí; en eso no tienen razon.

JUAN. Yo que no he conocío el miedo! Lo que tenia era muchísima de la inteligencia. Como que no me hecho torero de pronto. Soy un mataor de principios. Yo empecé de mono.

CELED. De mono?

JUAN. De mono sábio, sí señor. Y he hecho mi carrera poco á poco, y la fama que tengo me la he ganao con mi inteligencia.

CELED. Bueno; quedamos en que es usted el torero más inteligente de España.

JUAN. Uno de los más inteligentes.

CELED. Bien, bien, por eso no hemos de reñir.

JUAN. Ya lo sé que no reñiremos por eso. Por lo que vamos á reñir es por lo otro.

CELED. (Ya pareció aquello.)

JUAN. Yo vengo á tratar con usté muy sériamente de un asunto muy sério. Usté por lo visto se ha propuesto llevarse á provincias á la Calandria.

CELED. Yo?

JUAN. Sí, señor; no me lo niegue usté, porque estoy enterao. Y yo no quiero que ese mujer salga de Madrid, porque no quiero, y se acabó.

CELED. Pero hombre...

JUAN. Le digo á usté que esa mujer no se contrata pa fuera.

CELED. Permítame usted que le explique...

JUAN. Y aunque ella diga que sí, yo digo que no y basta. Y aquí no hay más voluntad que la mia. Y ella hará lo que yo mande.

ESCENA X.

DICHOS.—MANUELA, que ha oido las últimas palabras desde la puerta.

MAN. Oye, tú; que en mí no manda nadie.

JUAN. Ah! Conque estabas aquí.

CELED. (Dios mio de mi alma.)

JUAN. A qué ha venío aquí esta mujer? (Á don Celedonio.)

CELED. Yo...

MAN. He venío á lo que no te importa. Y tú no tienes nada que ver con el señor. Y yo me contrato, porque quiero.

JUAN. Eso se verá.

MAN. Ya lo creo que lo veremos.

JUAN. Manuela! Que ya me conoces.

CELED. Por Dios, caballero! (Conteniéndole.)

MAN. Ya sabes que no me asusto.

CELED. Por Dios, señora. (Conteniéndola.)

JUAN. Lo que eres tú es más falsa que dos reales del tranvía.

MAN. El falso lo serás tú.

JUAN. Que no me comprometas...

MAN. Déjele usté, hombre, déjele usté. (A don Celedonio que le contiene.)

ESCENA XI.

DICHOS.—DOÑA SIMONA y DON LÚCAS, que viene con la boca llena y la servilleta puesta.

SIM. Qué voces son estas, qué pasa aquí?

LUCAS. Qué ocurre?
JUAN. Ya te compondré yo! (A Manuela.)
MAN. A mí tú?
CELED. Señores, por favor.
SIM. Yo no tolero escándalos en mi casa. A reñir á la calle.
MAN. No se apure usté, señora, que ya nos vamos.
JUAN. Vente conmigo.
MAN. Claro que me voy; como si te tuviera miedo. Pues bonita soy yo!
JUAN. Andando y que te calles. (Se vuelve desde el foro y se dirige á don Celedonio.) Y á usté ya le ajustaré yo las cuentas. (Vánse riñendo acaloradamente.)

ESCENA XII.

DOÑA SIMONA.—DON LUCAS.—DON CELEDONIO.

CELED. No me faltaba más que ésto. Me está muy bien empleado. La culpa la tiene mi primo por meterme en esta clase de asuntos.
SIM. Si de tal gentuza no se puede esperar otra cosa.
CELED. Lo peor de todo es que me quedo sin la cantaora. Dónde busco yo otra? Dónde contrato la gente que me hace falta?
LUCAS. Por eso no se apure usted, que aquí estoy yo. Me he estado ensayando durante el almuerzo y ya sé el arranque de la soleá... Ay! (Empezando á cantar.)
CELED. Calle usted, hombre, para arranques estoy yo ahora.
SIM. Ay! Don Celedonio!
CELED. Qué?
SIM. Que con ese barullo se me habia olvidado darle este parte telegráfico que acaba de llegar.
CELED. Un parte! De mi primo. Me repetirá que urgen los contratos.
LUCAS. Pues nada, nada, si urge, yo estoy decidido á

marchar esta misma tarde. Aunque sea con lo puesto. (No tengo más.)

CELED. (Leyendo.) «Desisto negocio. No contrates artistas.»

LUCAS. Cómo?

CELED. Bendito sea Dios, que le ha inspirado tal idea! Doña Simona, si vienen á buscarme, diga usté que me he marchado de Madrid. No quiero más trato con esa gente.

ESCENA XIII.

DICHOS.—MANUELA y JUAN, cogidos del brazo.

JUAN. Señores...

CELED. (Otra vez aquí!) (Vase doña Simona.)

JUAN. Cabayero; en la escalera lo hemos pensado mejor y puede usté contar con ésta.

MAN. Sí, señor; me voy á la Coruña.

CELED. (A buena hora! Me van á comprometer.)

JUAN. Y yo tambien me marcho con ustedes. Va usté á contratarme pa acompañarla...

CELED. Eh?

JUAN. Pa acompañarla á la guitarra. Y agradézcamelo usté, porque dejo un ajuste muy ventajoso que tenia pa los toros de puntas de las novilláas.

CELED. Pues oigan ustedes, yo debo advertirles... (Con timidez.)

MAN. y JUAN. Qué?

CELED. Que me es imposible contratarles.

MAN. y JUAN. Eh?

LUCAS. Cómo?

JUAN. Ahora salimos con eso!

MAN. Oiga usté, pues no habíamos quedado en que me iba usté á llevar con tres duros diarios?

CELED. Sí, pero...

LUCAS. (Gana tres duros diarios! El sueldo de un oficial de Secretaría.)

CELED. No es posible. Acabo de recibir un parte en que me dicen que desisten del negocio.

JUAN. Usté le ha dao palabra á la señora...

LUCAS. (Así, así, oblíguele usté.) (A Juan.)

JUAN. Y yo vengo á defender su derecho. O nos contrata á los dos...

LUCAS. (A los tres.) (A Juan.)

JUAN. O nos contrata usté á los tres ó nos veremos las caras.

CELED. Pero hombre...

JUAN. Nada, nada; usté se ha comprometido, y los hombres deben ser hombres. Y con los artistas no se juega.

LUCAS. Eso! Con los artistas no se juega. (Imitando la manera de decir de Juan.)

JUAN. Y si no, se entenderá usté conmigo.

CELED. (Pues señor, bien; no hay más remedio.) Basta, hombre, basta; no quiero cuestiones. El empresario debia ser un primo mio... seré yo el primo. Quedan ustedes contratados y no necesito más gente.

LUCAS. (Oh felicidad!)

CELED. Mañana nos marchamos los tres.

LUCAS. Los cuatro querrá usté decir.

CELED. Déjeme usted en paz! Ni tan primo, hombre, ni tan primo.

LUCAS. (Seré yo desdichado! Tendré que dedicarme á otra cosa!)

JUAN. Pues hecho el trato y al avío.

MAN. Y diga usté, cabayero, Pontevedra está cerca de Galicia?

CELED. Está allí mismo, hija.

MAN. De veras? Cuánto me alegro!

JUAN. Por qué?

MAN. Porque yo debo tener allí familia.

JUAN. Qué has de tener tú?

MAN. Sí, señor: mi padre dicen que era de allí: yo no lo he conocío... pero buscándole pué que le encuentre.

LUCAS. (Qué idea! No ha conocido á su padre!)

CELED. Pues le buscaremos, le buscaremos.

LUCAS. (Gana tres duros diarios!) Alto, señores! Jóven, cómo se llamaba su madre de usté?

MAN. Manuela García,

LUCAS. García, verdad?
MAN. Sí, señor.
LUCAS. Y era?...
MAN. Planchadora.
LUCAS. Justo, planchadora; y dónde nació usted?
MAN. Humilladero, setenta y seis.
LUCAS. Eso, setenta y seis; cuarto?
MAN. Sí, señor, cuarto.
LUCAS. (Me lanzo.) Hija de mi corazon! (En un arranque dramático.)
MAN. Eh?
LUCAS. Yo soy tu padre. (Abrazándola.)

MÚSICA.

MAN. Mi Padre!
CELED. y JUAN. Su padre!
LUCAS. Sí! Tu padre soy!
CELED. y JUAN. (Qué cosa más rara.
Yo asombrado estoy.)
LUCAS. Aunque tú, desgraciada,
no me conoces,
soy autor de tus dias
y de tus noches.
Perdóname
si ignorando tu suerte
no te busqué!
CELED. y JUAN. Ha visto usté?
asustado al saberlo
yo me quedé!
MAN. Ya sé por qué,
una voz me decia
le encontraré.
LUCAS. No te choque, hija mia,
que aquí te encuentre.
Donde ménos se piensa
salta la liebre.
Mi corazon
agitado palpita
con la emocion.

CELED. y JUAN. Qué situacion
encontrar una hija
de sopeton.

MAN. Mi corazon
agitado palpita
de la emocion.
Qué situacion!
encontrar una hija
de sopeton!

HABLADO.

LUCAS. No puedo reprimir los impulsos de mi corazon. (Abrazándola.) (Algo se pesca.)

MAN. Padre mio!—Caballero.—(A Don Celedonio.) Ya comprenderá usted que habiendo encontrado á mi padre debo renunciar á la contrata. Ya no necesito ganarme el sustento. Ya tengo un padre cariñoso que me mantenga.

LUCAS. (Caracoles! No habia yo contado con esto.)

MAN. Verdad, padre mio?

LUCAS. Eh! Poco á poco, poco á poco. Cómo dices que se llamaba tu madre?

MAN. Manuela García.

LUCAS. Ah! García! No era Perez?

MAN. No señor.

LUCAS. Entonces ni usté es mi hija ni hay entre nosotros el menor parentesco.

MAN. Que no?

LUCAS. Claro que no!

MAN. Ay que tio!

LUCAS. No! ni tio, ni padre, ni nada.

CELED. (Yo bien decia que era muy feo para ser padre de esa chica.)

JUAN. En este caso quedamos en lo convenido. Nos vamos con usté á la Coruña. (A don Celedonio.)

CELED. (Lo que es eso no se les olvida.)

LUCAS. Vayan ustedes con Dios! Yo vuelvo á pretender! Voy en busca del presupuesto! Ese sí que es el verdadero padre. (Coge el paraguas y se va.)

MUSICA.

MAN. y JUAN. Mañana nos marchamos
para su tierra. (A don Celedonio.)

CELED. (Como en secreto al público.)
(Esta noche me largo
y aquí se quedan.)

LOS TRES. Ay qué placer,
apláudannos ustedes
y hasta más ver.

FIN DEL JUGUETE.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la Administracion.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.